



MAREA
EDITORIAL

JORGE CATERBETTI
(COMPILADOR)



JORGE JULIO LÓPEZ
MEMORIA ESCRITA

MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL

LO QUE EL PUEBLO TIENE QUE SABER

Jorge Pastor Asuaje

Pastor: te dejo esta carta para ver si algún día podés hacer justicia. Yo ya me aburrí de hablar con los derechos humanos, jueces y con gente de desaparecidos, pero me dicen que no pueden hacer nada porque son cosas que dice la gente y casi todo lo vi yo y decíles a los familiares de todos estos, estos crímenes no vencen nunca.

*Firmado JORGE LÓPEZ
detenido desaparecido*

Cuando Jorge Julio López me dio estos papeles, en el 2004 o 2005, aproximadamente, jamás imaginé la trascendencia que algún día llegarían a tener; porque, obviamente, no podía saber lo que habría de suceder. Sin embargo, en ese momento sentí que me estaba haciendo depositario de un mandato que iba mucho más allá de mis posibilidades. Era el testimonio de un hombre desesperado en busca de justicia que me pedía que yo hiciera lo que él no había conseguido: que estos crímenes se conocieran. Confieso que no supe qué hacer con ellos, porque él me estaba pidiendo mucho más que una nota en un diario o en televisión: “Te dejo esto para ver si un día podés hacer justicia”, me dice, y yo no sabía qué hacer, por dónde empezar. Si él, que era testigo directo, no había

podido hacer nada, ¿qué podía hacer yo? En muy poco tiempo, por suerte, cambiaron las cosas, a partir de la derogación de los indultos y de las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida, algunos de los culpables ya están hoy tras las rejas. Pero en otra parte de estos papeles, López dice: “Lo que el pueblo tiene que saber”, y ese es un mandato que sigue vigente. Por eso acepté y aceptaré la difusión del contenido de estos papeles y su utilización en la muestra *Jorge Caterbetti. Obra Pública 2000-2012* y en este libro. He sido, y seguiré siendo, sin embargo, muy cauteloso con el tratamiento de los originales, que pienso conservar hasta mi muerte, o hasta que López aparezca y me los pida.

La razón por la que acepté dárselos a Jorge Caterbetti es que me inspiró absoluta confianza. Desde un primer momento entendí que no estaba ante un artista egocéntrico que quería ganar notoriedad en el ambiente mostrando algo que los otros no habían podido conseguir, sino ante un militante de la misma causa que López (que es también la mía), que ponía su capacidad como artista plástico al servicio de lo que López quería: que el pueblo sepa.

La lectura del texto de López en muchas partes es dificultosa. Su sintaxis no responde a las normas convencionales ni en los signos de puntuación ni en el uso de los conectores y de las mayúsculas –aspectos que han sido subsanados en la transcripción realizada especialmente para este libro–. Para el desprevenido incluso puede llegar a resultar incoherente en algún párrafo. Pero leyéndolo atentamente y conociendo la realidad de los hechos y del espacio en el que desarrolla su relato, uno descubre que la narración es absolutamente coherente y precisa, especialmente en los casos en que cuenta su vivencia personal directa. En los otros sí, se puede admitir algún margen de error, atribuible al hecho de que son reinterpretaciones de testimonios ajenos y al paso mismo del tiempo, que va deformando inevitablemente la memoria. También la geografía y la nomenclatura particular de La Plata contribuyen

a crear cierta confusión porque las calles no son totalmente correlativas y dan grandes saltos en su numeración. Así, por ejemplo, cuando López dice “Yo iba a tomar el 506 en la 31, iba por 68 y al llegar a 137...”, el problema no reside en su relato, donde salta cien cuadras, sino en la numeración de las calles, que de la 31 pasa a la 132. Cuando se aleja del casco urbano la combinación de números es cada vez más alta. También pueden prestarse a confusión las palabras “cementerio” y “seminario” (que en el original López escribe con “c”), que son dos lugares distintos a solo seis cuadras de distancia.

En mi caso, obviamente, esta lectura se ha visto facilitada por haber escuchado de boca de López sus vivencias en varias oportunidades y por conocer algunos hechos que refiere de terceros por otras fuentes, incluso por mi propia experiencia personal. Pero aun así me llevé varias sorpresas, cosas que López escribió y que no me había contado. Y dudé. Busqué entonces en los archivos e indagué sobre algunos nombres y el resultado fue siempre el mismo: aunque escritos con una grafía distinta, esos nombres existían y se correspondían con las circunstancias que contaban. López no se había equivocado.

El último encuentro

Ese día jugaban Italia y Australia por los octavos de final del Mundial de Alemania. Ese hito futbolístico me sirve para poder ubicar con exactitud el día en que vi a López por última vez. Estábamos con los abogados de la causa, que querían hablar con él, y buscamos un bar cercano. En el televisor del fondo estaban pasando el partido, que ya había empezado hacía rato. Me senté de espaldas, esa era la única forma para no distraerme con el juego. Mi ansiedad por saber lo que pasaba a quince mil kilómetros de distancia entre dos equipos de países que estaban a otros tantos de la Argentina no podía anteponerse a la palabra de López. Que no era solo

la palabra de López; era también un pedazo, quizás el más doloroso, de mi propia vida.

Los abogados querían acordar la estrategia para la declaración final y el planteo fue muy corto y sencillo: debía mantenerse en lo que había dicho hasta ese momento. López asintió, pero después comprendí que ese pedido no tenía mucho sentido. Conociéndolo y escuchando la declaración completa de López ante el tribunal, uno se da cuenta de que no había fuerza en el mundo que lo pudiera hacer decir lo que él no quería; ni obligarlo a callar lo que no estaba dispuesto a callar. Porque la palabra de López venía de mucho más allá; no era la palabra de un testigo que declara en un juicio; sino la de un hombre que había vivido casi treinta años esperando ese momento y que necesitaba decir su verdad para seguir viviendo. O para volver a vivir.

La charla terminó casi en el mismo momento en que finalizaba el partido: iban como cuarenta y cuatro minutos del segundo tiempo y seguían cero a cero; habría alargue. Pero me habían pedido que acompañara a López y que le pagara un taxi. Lo intenté durante varias cuadras. Fue imposible, era en vano intentar convencer a López de otra cosa que no fuera lo que él quería. Y, quién sabe por qué, él quería volverse en colectivo. Como si hubiera una razón particular para hacerlo, me pidió que lo acompañara hasta la parada del 307 en Plaza Moreno y que lo dejara ahí, sobre la calle 50, con la municipalidad de un lado y la catedral del otro. Era un día gris de invierno. Esa fue la última vez que lo vi.⁵

⁵ Antes de eso lo había visto el día que hizo la primera declaración en el juzgado federal y alguna vez por el trámite de la ley de reparación a los presos y secuestrados. Porque a López le había sido asignada la indemnización como preso, pero no le habían pagado. Si estas líneas sirven de algo, sería bueno que sirvieran también para denunciar el maltrato que se da en esa oficina a los secuestrados durante la dictadura. Un maltrato que se convierte en la prolongación del calvario que sufrieron, sobre todo a los que no declararon antes de la aprobación de las leyes. Porque se les exige que puedan comprobar su secuestro, como si en esa época los militares les hubieran dado un recibo en el que constara “Fulano de tal estuvo secuestrado durante tanto tiempo en

Volví al bar para ver algo del alargue, pero el televisor ya estaba apagado. “¿Y el partido?”, le pregunté al encargado. “Ganó Italia –me contestó–, le dieron un penal en el último minuto”.

Era el 26 de junio de 2006. Casi tres meses después Jorge Julio López volvía a desaparecer.

La época de la militancia

Ahora caigo en la cuenta de que la primera vez que lo vi a López fue también un día de junio, pero treinta y seis años antes, en el primer localcito de la unidad básica “Juan Pablo Maestre”,⁶ sobre la avenida 66, sentado en uno de los bancos que habíamos armado con tablones contra cada una de las paredes. Habían pasado apenas unos días de la masacre de Ezeiza, que fue nuestro trágico debut en el barrio, y también el primer salto de la euforia al temor. Porque en la mayoría de las casas que recorríamos llevando la convocatoria, ya no se percibía aquel despreocupado entusiasmo de una semana atrás, sino una desconfianza solapada casi siempre en algún pretexto. Por eso los que vinieron a la primera reunión no fueron muchos y López fue uno de los pocos. Éramos un grupo

el centro clandestino tal y tal de mi jurisdicción. Firmado: Coronel Pirulo”. Y el trámite se dilata de una manera tal que se convierte en un nuevo vía crucis. Tienen que buscar testigos, de cuyos testimonios se duda, y se les crean infinidad de dilaciones, sometiéndolos al doloroso acoso de la duda. Para algunos de los afectados ese dinero representa efectivamente la única posibilidad de escaparle, en los últimos años de su vida, a una existencia de padecimientos económicos. Por ineptitud o negligencia de algunos funcionarios y/o por un mal cálculo presupuestario que no supo prever la magnitud de los reclamos que se presentarían, muchos de los “beneficiarios” mueren en esa vana espera, con la amargura de ver frustrados los últimos planes de su vida. Sería útil que los responsables políticos de esa situación tomaran nota, para producir los cambios necesarios.

6 Juan Pablo Maestre fue un integrante de las FAR que fue secuestrado y desaparecido junto a su compañera, Mirta Missetich, durante la dictadura militar de Alejandro Agustín Lanusse. Eso lo sabíamos y por eso elegimos su nombre. Hace poco me enteré de que era hijo no reconocido de Buenaventura Luna, una de las leyendas del folklore argentino.

de pibes que nos habíamos constituido como agrupación a partir de la iniciativa de Ambrosio Francisco “El Pato” De Marco, y de la mía. El más chico tenía catorce años y el más “viejo”, veintitrés. Vivíamos todos dentro del casco urbano de La Plata, en la zona aledaña a la Plaza Castelli, al Seminario Mayor y a la Comisaría 5ta. A principios del 73 nos sumamos al vendaval del peronismo y para ser peronistas teníamos que tener una unidad básica, y para fundarla hacía falta un local. Pero en el casco urbano, en toda la zona cercana a nuestro barrio, no había ningún local disponible que estuviera dentro de nuestras posibilidades. Extendimos entonces nuestra búsqueda más allá de la frontera de la circunvalación y así fue que caímos en Los Hornos.

Y Los Hornos era otra cosa, sobre todo de ese lado de la 66, porque del otro, aun con sus propias características y su ausencia de calles asfaltadas, el tránsito estético a la urbanidad clasemediera ya estaba bastante avanzado. Pero de ese lado, en los loteos de las viejas quintas, convivían los baldíos con la prefabricada; la casa de ladrillos sin revocar con la “Vivienda Tarzán” y la casilla de chapas con algún chalecito terminado en la vieja época de bonanza del General o en una reciente oleada individual de progreso económico. Pero además, en Los Hornos, en esa parte de Los Hornos, la patria estaba más cerca, la misma patria grande estaba más cerca; porque había provincianos en cantidad y también un discreto número de paraguayos. De manera que caminando esas diez o veinte cuadras, según el caso, hasta la unidad básica no llegábamos a otro barrio, sino a otro mundo. A un mundo de otras caras, de otros olores, de otros sabores, de otros colores, de otra música. Un mundo donde el perfume de los cardos se mezclaba con el aroma de los asados del fin de semana y en las cocinas las eternas milanesas se alternaban con el reviro y la sopa paraguaya. Un mundo donde podía sonar un tango en una radio, un chamamé en un tocadiscos y una zamba en la guitarra de algún patio; mucho más que una canción de los Beatles o que un tema de Arco Iris.

Un mundo de potros pastando en los amplios baldíos y grandes huellas de carro en las calles de tierra. Ese era el mundo de la Juan Pablo Mestre y ese era el mundo en el que vivía y luchaba Jorge Julio López en el año 73.

López no era en esa época, ni lo fue nunca, un hombre de hablar demasiado. Era un albañil que vivía de su trabajo y que mantenía a su familia, a la que le había construido la sólida y discreta casita de material, en la que aún hoy siguen viviendo. En ese entonces la casa estaba a una cuadra de un amplio descampado que se cerraba de ese lado con la calle 70, hacia el este tenía como límite la avenida 137, hacia el sur el Estrecho de Magallanes y hacia el oeste la Cordillera de los Andes. Sí, porque ahí mismo empezaba el campo, que se extendía hasta donde la vista pudiera alcanzar.

Se me perdonará, o no, que en esta parte del relato comience a plagiarme a mí mismo, cosa que repetiré. Confieso que me está resultando difícil contarle todo sin caer en el exceso descriptivo, por eso recurro a esto que escribí hace años:

“Partido Socialista en ese momento tendría la edad de Macedra⁷ o un poco menos; era, y es todavía, un hombre robusto y parco, rubio y de ojos claros, con la piel rojiza y una cabeza que le da aspecto de toro. Le pusimos Partido Socialista porque en una de las primeras reuniones que estuvo dijo, en una discusión sobre lo que estaba pasando en el peronismo: ‘Esos que gritan *Perón, Evita, Partido Socialista* no son peronistas’. Sabíamos que el palo era, involuntariamente, para nosotros. Ese pequeño margen de imprecisión nos permitió una voltereta semántica como para no sentirnos aludidos y, como si nada hubiese dicho, continuar con nuestra prédica para sumarlo a la causa de la liberación nacional y la revolución popular. Esquivando el palazo desviamos la discusión hacia otros derroteros menos ríspidos y conseguimos que el hombre siguiera viniendo. Su participación no era muy intensa ni muy efusiva, incluso

7 Un personaje que iba a la unidad básica y que tendría unos cuarenta y cinco años.

hubo momentos en los que estuvo alejado, pero, más allá de las confusiones coyunturales, su adhesión sería a la larga una de las más firmes. En la medida en que se fueron clarificando los tantos en el peronismo y en el país; es decir, cuando la cosa se puso cada vez más turbia por la represión, el hombre empezó a participar cada vez más. Hablando siempre muy poco, sin tener quizás ninguna claridad teórica, pero con una gran convicción de cuál era su bando en esa lucha. No era un militante de jornada completa, como los más jóvenes, sino un trabajador que aportaba a las reuniones, a las pintadas y a algunas otras tareas más riesgosas cuando hacía falta. Ese compromiso se mantuvo hasta los primeros días de noviembre del 76, varios meses después del golpe, cuando prácticamente todos aquellos que alguna vez habían pisado la vereda de la Juan Pablo Mestre fueron secuestrados en un operativo gigantesco que convirtió a muchos de ellos en desaparecidos”.

A pesar de Ezeiza, la Mestre logró asentarse en el barrio y empezar a crecer, pero aunque pasaron muchas personas por ella, quienes seguirían hasta el final serían prácticamente los mismos que estuvieron al comienzo. Entre ellos estaba un paraguayo muy particular, que había llegado incluso antes que López y fue prácticamente el único de los que fueron a Ezeiza con nosotros que siguió viniendo a la unidad básica. Tenía una voz muy finita y una conversación difícil de seguir porque intercambiaba los temas sin transición. Pero era un peronista irreductible y arrastraba además la historia militante de su padre, quien allá en el Paraguay había sabido participar de la frustrada revolución de la década del 40. Era pintor de oficio y vivía en una casilla sólida y muy prolija en cuyo fondo bullía una vegetación frondosa bajo la cual navegaban en la nostalgia las réplicas en madera de varios barcos. Era como si Norberto Rodas hubiese querido trasladar un pedazo del paisaje de su patria a ese rincón de Los Hornos donde llevaba una vida con estrecheces, pero placentera. Este nombre, como alguno de los que siguen, como se verá, tendrá importancia luego en la vida de López.

Los allegados a la unidad básica cubrían el abanico más amplio de las edades, de las profesiones y de las personalidades. Tan amplios éramos que llegó a venir en varias oportunidades un italiano de apellido Manno que vivía a mitad de cuadra, de la oleada que vino con la Segunda Guerra Mundial; añoraba al fascismo de su juventud y consideraba que la unidad básica era lo que a la Italia mussolineana los “Club d’il Lavoro”; sutilmente intentamos explicarle que había algunas diferencias y que nosotros tirábamos para el lado exactamente contrario y algo debe de haber entendido porque al tiempo dejó de venir. Aunque hubo quien no olvidó su paso por “la básica”.

La decana, en edad al menos, era una viejita llamada Digna que vivía con su sobrina Lía en un chalecito modesto pero muy decoroso, bien de la primera época peronista, sobre la única calle asfaltada que había de ese lado de la 66. Lía tenía un hijo, el pibe no tenía más de doce años, pero en algunas cosas aparentaba tener treinta y en otras, siete. Cuando hablaba, Marcelito a veces parecía medio tonto, pero era más inteligente que todos nosotros juntos. Había heredado la pasión política de su tía abuela y un pedazo de los temores de su madre, una mujer de aspecto y actitudes muy conservadoras, pero siempre dispuesta a colaborar. A Marcelito lo reencontré después hecho un hombre, en la década del 80, madurado por los años y por esa terrible experiencia de fines del 76.

No duró mucho la existencia de la Maestre en el localcito de la 66. Unas semanas después de la inauguración, los hermanos Ferreyra, un albañil misionero al que se le había pegado muy levemente el acento brasileño y su hermana, nos ofrecieron mudarnos a su casa. Ellos tenían una casilla de madera muy grande en una esquina hacia adentro del barrio, sobre calles de tierra y bajo un árbol enorme que garantizaba la sombra todo el año. La parte de adelante estaba vacía y nos ofrecieron instalarnos allí, en esa esquina de 68 y 142. El nuevo local era, por decirlo de alguna manera, más “íntimo”; porque para los vecinos ir hasta la 66 era como salir del

barrio; en cambio la nueva Maestre estaba en una esquina de dos calles de tierra, en diagonal a una quinta que ocupaba dos manzanas, y esa tranquilidad facilitaba el acercamiento. A la 66 había que ir “cambiado”, en cambio a esa casilla de 68 y 142 se podía ir “de entrecasa”. Así venía Alejandro Sánchez,⁸ otro de los nombres importantes en esta historia. Para describirlo voy a recurrir otra vez al autoplagio.

“Este tipo debe ser malísimo’, pensó el Pato cuando lo vio por primera vez. Con el pelo largo enrulado y unos bigotones en forma de herradura, a pesar de su baja estatura daba todo el aspecto de un tipo rudo, mal llevado. Pero era el más pacífico de todo el barrio, dueño de una generosidad que a veces caía en el exceso. En esa esquina de Los Hornos, Alejandro había construido su castillo de felicidad: una casita típica de obrero de la época: dos piezas de madera, cocina y baño de material, pisos de flexiplas y un bombeador eléctrico en lugar de la bomba de agua manual como símbolo del progreso. Humilde y sobria pero cómoda, instalada en un terreno cortito y amparada por el enorme eucalipto de la esquina que refrescaba sus veranos, era una casa sin muchas pretensiones, pero suficientes para las de Aurora, una mujer de pueblo, laboriosa y conservadora, cuyo mundo no se extendía más allá del almacén de la 66, de su marido y de dos gurruminés adorables: Marcelo, un torbellino inteligente y travieso de cuatro años, y Betito, una ternura rubia y rulienta de dos años”.

Alejandro era obrero de la Peugeot, lo que en aquel momento equivalía a tener un sueldo que muchos envidiaban y una cantidad de beneficios extras; los obreros de las automotrices eran una especie de aristocracia obrera, pero sabían bien que

8 En septiembre del 2011 se oficializó la identificación de los restos de Alejandro Emilio Sánchez, quien fue encontrado en el cementerio municipal de Vicente López. Lo habrían llevado allí para fusilarlo fraguando un enfrentamiento. López sabía de su muerte. Esta circunstancia me permitió reencontrarme con Marcelo Sánchez, el hijo mayor de Alejandro, después de 36 años. Y comprobar que no solo se le parece mucho por fuera, sino que por dentro tiene la misma grandeza humana que su padre.

sus salarios eran una parte mínima de las enormes ganancias de la empresa, por eso eran uno de los gremios más combativos. Antes de conocernos a nosotros, a principios de los 70, Alejandro había militado en la Juventud Peronista, en los tiempos de la Resistencia, cuando el peronismo era perseguido.

En esta historia hay un nombre clave, ya verán por qué, y es el de Carlos Veiga. Era, y tal vez lo siga siendo, el típico chanta argentino. Simpático a veces, pero agrandado e incoherente. Había sido presidente del club del barrio, el “17 de Agosto”, y se jactaba de que involuntariamente en el letrero de entrada habían puesto “17 de Octubre”, en la época en que los símbolos peronistas estaban estrictamente prohibidos. Fue bastante activo en la unidad básica y fue a unas cuantas movilizaciones, pero su personalismo y su afán de figurar no encajaban en el conjunto y en cuanto las cosas se pusieron un poco duras se terminó alejando.

Pero vuelvo ahora a aquellos días del 73-74 para llegar después a fines del 76. Y el nombre de Patricia “Taté” Dell’Orto, es ineludible. Ella llegó en el verano del 74 para trabajar con las mujeres del barrio, ya que en el grupo original éramos todos varones y la única incorporación externa había sido Claudia, que nos iba a dejar porque la trasladaban a otro frente. Taté venía de la UES, la Unión de Estudiantes Secundarios, a la que habíamos recurrido en busca de un apoyo femenino a nuestra tarea barrial. Se ofrecieron ella y Chela, una compañera que duró muy poco en el barrio. Taté en cambio se fue comprometiendo cada vez más profundamente, en lo político y en lo afectivo. Aunque su lazo más fuerte fue siempre este último, por el telenovelesco romance que surgió con el Pato, que culminaría con su matrimonio y con el nacimiento de Mariana Paz, y por la gran amistad que se tejió entre ellos y Alejandro y su familia. Es que la Maestre era, de alguna manera, una familia. Por suerte, para conocerla a Taté existen la muestra fotográfica que montó Gerardo, su hermano, y los testimonios audiovisuales que dimos varios de quienes la conocimos.

Quienes vean sus fotos lo primero que van a apreciar es su belleza, pero quienes fuimos sus compañeros y amigos fuimos ganados siempre por una belleza mucho más poderosa: la de una transparencia y una bondad imposibles de disimular.

Hasta ahora el relato de la militancia en la Juan Pablo Maestre es casi puramente afectivo, y hasta podría ser calificado de folklórico. Pero era básicamente una militancia política, enmarcada en una línea muy clara, que era la que trazaba la Juventud Peronista de las Regionales, que a su vez era conducida por las organizaciones político-militares FAR y Montoneros. Eso era de público conocimiento y lo sabíamos también nosotros, los militantes de la Maestre, que acordábamos en mayor o menor medida con esa línea y que, en algunos casos, considerábamos nuestra incorporación a alguna de esas organizaciones como el escalón más alto al que aspirábamos en nuestra militancia. Desconocíamos absolutamente, sin embargo, cómo se daba esa relación entre las organizaciones y la JP (la Juventud Peronista); y si bien sospechábamos, no teníamos ninguna certeza de quiénes podían ser los que estaban “encontrados” en la JP de La Plata. Aclarar esto es importante porque hay quienes en su afán de reivindicar a los militantes populares pretenden desvincularlos de toda relación con la política de las organizaciones armadas. Y la verdad es que nosotros, en este caso los del grupo fundacional de la unidad básica, adheríamos consciente y voluntariamente a su política y no engañábamos a nadie al respecto. Más aún, la línea política y las orientaciones a seguir según los acontecimientos eran temas que se discutían en todas las reuniones políticas que hacíamos en la Maestre y en todas las unidades básicas de la JP. Eso no significaba que todos los que vinieran a la unidad básica estuvieran de acuerdo con esa línea ni de que conocieran perfectamente la vinculación orgánica entre las organizaciones armadas y la Juventud Peronista; pero era muy difícil no verla, porque en nuestras marchas levantábamos las banderas de esas organizaciones, pegábamos en nuestras unidades básicas sus afiches, reivindicábamos en nuestros discursos a sus miembros

como compañeros y bautizábamos nuestras unidades básicas con los nombres de sus caídos. De cualquier manera, es cierto también que las adhesiones no eran siempre en función de un acuerdo político, había en muchos casos una cuestión de afinidad personal, de compromiso afectivo. Pero si algo nos preocupaba era precisamente eso: queríamos que la adhesión fuera política y consciente, y en función de eso a veces nos desgastábamos en larguísimas charlas con algunos compañeros, que eran casi monólogos nuestros, similares a los de los predicadores evangélicos y con tanto o menor resultado que el que obtienen ellos. En ciertos casos porque no les interesaba o no entendían bien, y en otros porque no estaban tan de acuerdo, pero a pesar de eso seguían viniendo a nuestra “iglesia”. Y tal vez la razón fundamental fuera que se daban cuenta de que éramos sinceros y sacrificados. Que nos jugábamos por entero por nuestras ideas y que realmente queríamos lo mejor para nuestro pueblo.

El comienzo de la noche

Tal vez no tenga mucho sentido reseñar los hechos históricos que enmarcaron nuestra militancia barrial, porque en general son conocidos por todos. Para aquellos que no lo sepan o no lo recuerden, es necesario explicar que la vida pública de la Maestre fue corta: apenas poco más de un año. Lo cual no significó, de ninguna manera, que la vida política de la Maestre se hubiese agotado allí. Se puede decir que hasta la muerte de Perón, el 1° de julio del 74, fue posible desarrollar nuestra actividad política abiertamente, corriendo el riesgo eventual de alguna agresión por parte de la ultraderecha; pero estas no eran tan frecuentes ni tan violentas. Con la muerte del General y la consolidación del poder del “Brujo” José López Rega, la actuación de las tres A (Alianza Anticomunista Argentina) se empezó a hacer sentir con todo su potencial criminal. Si bien ya había perpetrado algunos asesinatos antes, su primera masacre la cometió en La Plata, el 7 de agosto, asesinando a cuatro

militantes peronistas. Quince días después un gran operativo de la Policía de la Provincia de Buenos Aires irrumpió en un acto público de recordación del renunciamiento de Evita, el 22 de agosto del 51, y de la masacre de Trelew, el 22 de agosto del 72. El acto se estaba desarrollando en el club La Vaca Echada y nos llevaron presos a todos. Yo ya no estaba en la Maestre, pero militaba en otra unidad básica de la sección que también participaba en el acto. Éramos unos noventa, nos tuvieron presos unos tres días y después nos largaron, pero luego de ficharnos a todos, obteniendo una información que luego resultaría fatal para muchos compañeros. De la Maestre los únicos que cayeron presos fueron Taté, el Pato y Claudio, el benjamín de apenas quince años. López y el resto de los militantes del barrio ese día no pudieron ir, o se palpitaron el riesgo.

Las masacres de las A continuaron en todo el país, con la complicidad de las fuerzas de seguridad, que les liberaban el terreno. En ese marco fue que la organización Montoneros decidió autoproscribirse y pasar a la clandestinidad, lo que luego con los años sería considerado un grave error político. Pero lo cierto es que en ese momento el desarrollo de la actividad política legal era casi una condena a muerte. La actividad en los barrios a partir de allí cambió de tónica: ya no actuábamos más desde las unidades básicas abiertas al público, sino que nos refugiábamos en las asociaciones civiles, en las sociedades de fomento y en otras formas de agrupamiento a través de las cuales desarrollábamos la actividad reivindicativa de cada barrio, pero sin perder la perspectiva política.

Aunque yo dejé de militar en el frente barrial a fines del 74, porque entré en una fábrica y pasé al frente gremial, ya que la organización había instado a la “proletarización” de sus cuadros, siempre seguía al tanto de lo que ocurría en los barrios en los que había militado; tanto en la Maestre como en la Astudillo, donde participé después, a unas veinte cuadras de la anterior, en el barrio de Gambier.

Si bien por no pertenecer ya a ese ámbito no participaba

de las reuniones y había informaciones muy puntuales que por reglas de seguridad no me comunicaban, en general sabía cómo iban las cosas. En el año 75 siguieron los secuestros y los asesinatos individuales y colectivos de militantes de las agrupaciones de base de Montoneros y de otras fuerzas políticas de izquierda, incluso de algunas que no eran partidarias de la lucha armada. Pero no hubo ninguna víctima de la Maestre ni de ninguna unidad básica de Los Hornos.

Con las dificultades que implicaba la clandestinidad, el trabajo barrial continuaba, mucho menos masivo pero con más fortaleza en los militantes que se incorporaban.

Desde mediados del 75 yo ya estaba en la clandestinidad. Después de dar vueltas por varios domicilios, Alejandro y Aurora tuvieron la generosidad de acogerme en su casa a fines de ese año. Aunque estaba en otra estructura de la organización, de alguna manera había vuelto a la Maestre, pero a pesar de no tener ya ninguna relación orgánica con los compañeros del barrio, trataba de que mi presencia pasara desapercibida. Allí estaba cuando una mañana, al volver de la fábrica, Alejandro trajo la noticia de que se había producido el golpe de Estado. Prendimos la radio y la televisión y alcanzamos a escuchar los primeros comunicados.

Al principio parecía que las cosas no iban a cambiar demasiado. Nosotros incluso suponíamos que serviría para poner las cosas en claro y permitir que el pueblo viera cuál era su verdadero enemigo. Creímos que eso facilitaría el desarrollo de nuestra política y no tuvimos en cuenta el efecto disuasivo que tendría el terrorismo de Estado aplicado a gran escala. Y tampoco evaluamos correctamente otro dato: que tanto nuestras acciones armadas como los crímenes del gobierno de Isabel habían generado un cierto hartazgo en parte de la población que quería el orden y la tranquilidad a cualquier precio; aun a costa de la justicia social y de la justicia misma.

Aunque yo no estaba al tanto de todos los detalles respecto de lo que pasaba con los militantes de la Maestre, la actividad

política en todo el 76 debe haber sido muy escasa. De cualquier manera, en los primeros meses del golpe la represión no se hizo sentir tan duramente en los barrios, salvo excepciones.

No sé si fue ese año cuando López hizo las actividades de inteligencia que contó en su declaración, porque de eso nunca hablamos. López contó que él, aprovechando su oficio de albañil, se dedicó a vigilar algunas dependencias policiales para pasarles la información a los compañeros y esa era indudablemente una actividad de inteligencia, lo cual no significa, de ninguna manera, que López fuera parte del servicio de inteligencia de la organización. Es difícil también saber si las informaciones que recogió López le llegaron alguna vez a alguien, porque la debacle de la organización fue tan grande en ese tiempo que se rompieron todas las cadenas de comunicación.

El terror y la madrugada

El club Los Quinteros sintetizaba en su nombre lo que había sido Los Hornos antes de la “explosión demográfica” que se dio en la segunda mitad del siglo xx. Porque hasta entonces era una gran extensión de quintas de hortalizas, pertenecientes en su mayoría a familias italianas, cuyos hijos habían fundado la institución y eran el motor que la hacía funcionar. Aunque no participaba del torneo de la Liga Amateur Platense, tenía una cancha “de once”, una pista de baile que alguna vez fue inaugurada con la actuación de la gran orquesta de Héctor Varela y el tradicional buffet donde los parroquianos se daban su trago por las noches.

De una fuente que por más que me esfuere me es imposible recordar, obtuve entonces, en los días inmediatos a los hechos, la versión de que Carlos Veiga había abusado una noche del alcohol sobre el mostrador del club Los Quinteros y había empezado a contar vida y milagros de la Maestre y sus militantes delante de un policía del barrio quien, muy solícito, lo condujo a sus superiores para que les transmitiera la información.

Muchos años después, investigando en el barrio, López pudo obtener otra versión. No habría sido esa noche en el club que se inició la delación. Veiga habría ido a contarle todo a un vecino de la unidad básica que era vidriero de la catedral de La Plata, quien lo habría conducido a la máxima autoridad de la misma, el abominable Monseñor Antonio José Plaza. Y habría sido este quien lo conectó con los militares. Cuál de las dos versiones es la cierta, no se sabe; ni tampoco se puede descartar que haya sido una mezcla de ambas, lo concreto es que una madrugada de fines de octubre del 76 Los Hornos se pobló de sombras. Una caravana dantesca de autos particulares, patrulleros, camiones y colectivos comenzó a recorrer las calles de tierra en busca de su terrible cosecha. Al primero que se llevaron fue a Rodas, en la 144, después fueron por Digna, Lía y Marcelito en la 141, luego por Manno en la 68 y por López en 69 y 140. López me contaría mucho después, una de las últimas veces que lo visité, que los represores cometieron un error: lo vendaron con su propio pulóver, uno de esos de antes, de lana gruesa y “puntos” amplios, que permitían ver por el entretejido. Era un pulóver amarillo ya percutido, López me lo mostró ese día en su casa y pude ver que era tal como él había dicho ante el tribunal. “Pastor –me dijo–, este te lo voy a dejar a vos, para que vos lo conserves”.

Por alguna razón, esa madrugada no fueron a lo de Alejandro, pero el peligro era inminente. En esa época no había celulares ni Internet, pero las malas noticias corrían rápido. No sé cómo me llegó a mí la noticia, que supongo vendría atada a la versión que conté sobre la delación, pero al otro día ya estaba enterado de lo que había pasado. Hoy todavía me asombro de que haya ido a plena luz del día a la casa de Alejandro, sabiendo del peligro que se cernía. Supongo que debo haber ido armado. Fui a decirle que se fuera, que no se podía quedar un minuto más en esa casa; pero Alejandro parecía no tener clara conciencia del peligro: en la fábrica trabajaba en turnos rotativos, algunas veces a la mañana,

otras a la tarde y otras a la noche y esa vez había trabajado a la noche. Tenía sueño y fiaca, y dudaba. Le dejé plata para un taxi y conseguí que se fuera. A la otra noche llegaron a buscarlo, como no lo encontraron le quemaron la casa; solo quedó en pie la parte de material.

El reencuentro con López

No voy a contar lo que pasó con López y con mis otros compañeros después de eso, porque sería una falta de respeto. Está lo que él dejó escrito y están sus declaraciones en el juicio donde está todo, con lujo de detalles. Sí es necesario decir que a partir de allí la relación con él se desarrolló teniendo a esos hechos como tema exclusivo de conversación. Aunque en realidad, más que de conversaciones se trataba de largos monólogos en los que descargaba toda su angustia, su tristeza y su indignación. De vez en cuando yo le hacía alguna pregunta. Pero era tanta mi sensación de impotencia que no me animaba a interrumpirlo. Voy a recurrir otra vez al autoplagio para sintetizar todo eso, pero también por una razón mucho más poderosa: esto que sigue lo escribí antes del 2004, cuando publiqué el libro y cuando no había todavía ninguna esperanza de redención. Cuando la posibilidad de los juicios por Lesa Humanidad era una utopía e imaginar a algunos de los culpables de los crímenes tras las rejas parecía un delirio. Que lo escribí antes del 2004 estoy seguro, pero como tardé veinticinco años en escribir ese libro, me resulta imposible saber el año exacto en que lo escribí. Esto es:

“A Partido Socialista se lo llevaron esa noche junto con los demás y después de tenerlo varios meses en Arana lo blanquearon y lo convirtieron en preso político. Por él pude saber la suerte de los demás a través de un relato angustiante y cambiante. Me dio varias versiones en distintas oportunidades en las que fue modificando algunos hechos, pero en lo sustancial fueron siempre coincidentes. Lo liberaron unos años antes de la llegada de la democracia y me lo encontré de manera sorpresiva

unos años después de volver del exilio, cuando ya estaba separado. Fui a la casa de mis hijos y allí estaba él, en su inextinguible oficio de albañil, haciendo unas reparaciones. Así me enteré de que hacía años tenía una relación laboral con mi suegro, sin que ninguno de ellos supiese el lazo que ambos tenían conmigo. Él se emocionó y se puso nervioso, esa fue la primera vez que pude tener alguna noticia concreta de lo que había pasado con mis compañeros de la Maestre. Su relato, sin embargo, estaba matizado por un terror que todavía lo embargaba, como si los carceleros tuvieran ojos y oídos omnipotentes a través de los cuales lo seguían vigilando hasta en lo que pensaba. La última vez que lo vi era mayor su voracidad por contar que mi propia ansiedad por saber. Tenía una necesidad irrefrenable de contar todo aquello que había vivido. Todo lo que durante años no se había animado a hacer público y hasta había llegado a distorsionar los hechos, inconscientemente, en confesiones íntimas, como la que me había hecho. Pero eso no voy a reproducirlo en este párrafo. Volver sobre sus palabras me significa a mí mismo un esfuerzo que dejaré para otro día. Ahora estoy contando la vida y siento que estoy volviendo a vivirla con aquellos con quienes la compartí. Por eso cuando cuento la muerte, no puedo evitar morirme un poco con ellos”.

La segunda desaparición

Yo estaba en un bar de Berisso el 18 de septiembre de 2006, con Sergio Pérez, con quien estaba codirigiendo una película, y con uno de los actores, cuando recibí el llamado de Gerardo Dell’Oro, el hermano de Patricia: “¿López está con vos?”, me preguntó preocupado. Le dije que no y me contó que habían estado esperándolo en el tribunal y no había aparecido. Me fui al locutorio de al lado para poder hablar mejor y pedirle más detalles. Cuando volví al bar yo era un hombre aterrorizado. Los viejos fantasmas de la década del 70 habían reaparecido de golpe. Estaba sintiendo el mismo miedo que había

sentido en el 74, cuando me enteré de la masacre de Pierini, Macor y los Chávez. Solo que en aquel momento el miedo y la vida misma eran un precio que uno estaba dispuesto a pagar por la revolución. Ahora, ese parecía ser el anuncio del comienzo de otra ola de masacres como aquellas, pero uno ya no era más el de aquellos tiempos.

Esa primera sensación de pánico se fue disipando desde esa misma tarde cuando salimos con Gerardo a buscar a López por las calles rurales de Arana; pero se fue instalando otra cosa tal vez peor: la incertidumbre.

Es difícil saber qué habría pasado si las autoridades hubiesen hecho las cosas bien, o si los militantes populares hubiésemos sido capaces de tejer una red de protección y solidaridad hacia los compañeros involucrados en los juicios. Porque, aunque algunos se molesten cuando lo digo, nosotros también tenemos algún grado de responsabilidad. No en su desaparición, por supuesto, sino en nuestra incapacidad para reconstruir organizaciones políticas sólidas, capaces de dar respuesta a esta y a todas las demás problemáticas. Porque en la Argentina hubo muchos Jorge Julio López, humildes hombres del pueblo que sufrieron los horrores de la represión por ser consecuentes con la lucha de la clase trabajadora. Quienes lograron sobrevivir durante la época de la dictadura tuvieron que padecer los rigores del exilio interno, mucho más duro y más cruel que el otro. Porque en muchos casos quedarse no era una elección, sino la única posibilidad que había. Y el peligro seguía vigente. Luego, con la democracia, tuvieron que soportar todo el peso de la crisis económica, que abajo siempre pesa más que arriba. Y muchos murieron sin tener otra reparación ni otro reconocimiento que el de algún viejo compañero que de vez en cuando se acordaba de ellos.

Por eso, la ausencia de López es una presencia que nos apunta a todos y que nos pregunta, desde esa cara de anciano bonachón, desde su gorra y desde sus alpargatas, ¿qué estamos haciendo nosotros para ser dignos de él?